

Testimonios a la intemperie. Infancias atravesadas por el terrorismo de Estado en una serie de entrevistas del Archivo Oral de Memoria Abierta

VICTORIA DAONA, ALEJANDRA OBERTI Y VERÓNICA TORRAS

Resumen

Este artículo explora la experiencia directa de niñas y adolescentes sobrevivientes al terrorismo de Estado poniendo el foco especialmente en las vivencias de quienes transitaron el secuestro y la desaparición de sus familiares sin encontrar un lugar de pertenencia en la lucha de los organismos de derechos humanos ni en el discurso humanitario. Se trata de testimonios que evidencian la distancia que existe entre el discurso público sobre reparación y lo que puede suceder en el ámbito privado y subjetivo en cuanto a la vulnerabilidad de las testimoniadas y el desamparo que expresan en sus relatos. El trabajo se basa en entrevistas pertenecientes al Archivo Oral de Memoria Abierta.

Palabras clave: Testimonio, violencia, afectos, infancias, escucha, sobrevivientes

Recepción: 30/05/2022

Aceptación: 20/02/2023

Vulnerable testimonies. Childhoods traversed by State terrorism in a series of interviews from the Oral Archive of Memoria Abierta

Abstract

This article explores the direct experience of girls and adolescent survivors of State terrorism, focusing especially on the experiences of those who went through the kidnapping and disappearance of their relatives without finding a place of belonging in the struggle of human rights organizations or in the humanitarian discourse. These testimonies show the distance that exists between the public discourse on reparation and what can happen in the private and subjective sphere in terms of the vulnerability of the witnesses and the helplessness they express in their stories. The work is based on interviews from the Oral Archive of Memoria Abierta.

Key words: Testimony, violence, affections, childhood, bearing witness, survivors

Esta obra se publica bajo licencia Creative Commons 4.0 Internacional.
(Atribución-No Comercial-Compartir Igual) <https://doi.org/10.59339/ca.v10i19.512>

Daona, V., Oberti, A. y Torras, V. (2023). Testimonios a la intemperie. Infancias atravesadas por el terrorismo de Estado en una serie de entrevistas del Archivo Oral de Memoria Abierta. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, 10(19), 33-52.



Testimonios a la intemperie. Infancias atravesadas por el terrorismo de Estado en una serie de entrevistas del Archivo Oral de Memoria Abierta

VICTORIA DAONA*, ALEJANDRA OBERTI**
Y VERÓNICA TORRAS***

Mucho tiempo atrás, Dostoievsky formuló la siguiente pregunta: «¿Puede haber lugar para la absolución de nuestro mundo, para nuestra felicidad o para la armonía eterna, si para conseguirlo, para consolidar esta base, se derrama una sola lágrima de un niño inocente? » Y él mismo se contestó: «No. Ningún progreso, ninguna revolución justifica esa lágrima. Tampoco una guerra. Siempre pesará más una sola lágrima...»

Alexievich, 2016

Es re contra obvio que tenemos que seguir hablando de la dictadura, de lo que fue la infancia en dictadura, de lo que fueron nuestras infancias, que fueron infancias que no deben ocurrir nunca más.

María Giuffra, Testimonio para Memoria Abierta,
2023

A mediados de la década de 1990, la irrupción de los hijos y las hijas de desaparecidos en la escena pública, la potencia de su presencia, la vitalidad de sus reclamos y la originalidad de sus modos de acción, significaron una novedad en las luchas por la memoria, la verdad y la justicia. En la actualidad, casi treinta años después, se pueden reconocer en las narrativas de los hijos/as de desaparecidos/as y en la de los/as nietos/as recuperados/as, algunos tópicos discursivos reiterados que permiten pensar diferentes dimensiones.

.....

*Victoria Daona, Memoria Abierta / Consejo Nacional de Investigaciones científicas y técnicas (CONICET), vdaona.memoriaabierta@gmail.com

** Verónica Torras, Memoria Abierta/ Universidad Nacional de Lanús, vtorras@memoriaabierta.org.ar

***Alejandra Oberti, Memoria Abierta / Instituto de América Latina y el Caribe (Facultad de Ciencias Sociales-Universidad de Buenos Aires), aoberti@memoriaabierta.org.ar

Este texto es producto del trabajo de Memoria Abierta y se basa en testimonios del Archivo Oral.

Agradecemos especialmente a todas las personas que han dado sus testimonios. Estos se encuentran disponibles en sus versiones completas en la sede de Memoria Abierta. Para consultarlos escribir a: consultas@memoriaabierta.org.ar

Por un lado, existe una dimensión de esta narrativa, asociada al surgimiento de la agrupación H.I.J.O.S. en 1995, como organización que revitaliza el reclamo contra la impunidad al mismo tiempo que pone en escena y reivindica la lucha política de la generación de sus madres y padres desaparecidos. Ese relato, que construyen en términos de identificación y deber de continuidad, se completa en algunos casos con la adscripción militante de los y las integrantes de la organización, quienes más tarde llevarán ese compromiso a la función pública, ocupando diferentes cargos durante los gobiernos de Nestor Kirchner (2003-2007), Cristina Fernández de Kirchner (2007-2015) y del actual presidente Alberto Fernández (Jelin & Sempol, 2006; Bonaldi, 2006; Cueto Rua, 2009; Puttini, 2021). Por otro lado, podemos identificar otra dimensión narrativa vinculada a la condición traumática de la represión, cuya figura de mayor visibilidad es la de los y las niños y niñas apropiados durante la dictadura y luego recuperados/as por Abuelas de Plaza de Mayo, respecto de los cuales se impone en el relato un gesto de ruptura en relación con ese pasado adulterado, acompañado de una re vinculación identitaria al universo familiar de origen (Kaufman, 2006; Kordon y Edelman, 2009; Laino Sanchís, 2018; Regueiro y Villalta, 2015). Cada aparición de un/a nieto/nieta se convierte en un evento de celebración colectiva pero también de desgarró, dominado por la necesidad de reparación. También existe una dimensión cultural o artística que atraviesa los relatos, donde los/as hijos/as y nietos/as son agentes que intervienen en el campo del arte con producciones (libros, películas, fotografías, obras de teatro, performance) que exponen los saldos que dejó en sus historias personales el terrorismo de Estado. Emergen allí con voz propia desde una narrativa no necesariamente homogénea, que se recorta en muchos casos de los relatos dominantes, apelando justamente al espacio que abre la creación artística. (Basile, 2019; Blejmar, 2017; Peller, 2020; Daona, 2017; Saporosi, 2022).

En los últimos años, aparecieron, además, nuevas voces, como las de las “historias desobedientes” que traen a la escena otras infancias atravesadas por el terrorismo de Estado, esta vez la de hijos e hijas de perpetradores. Y si bien estas voces aportan nuevos temas a la discusión, en su composición como colectivo y en sus estructuras narrativas, aprovechan y utilizan muchas de las estrategias desarrolladas por los/as hijos/as de desaparecidos/as durante los años 90 (Peller, 2021; Bartalini y Estay, 2018). Asimismo, están apareciendo nuevos modos de abordar teórica, jurídica y conceptualmente esas infancias de los setenta, como se observa en los desarrollos de Mariana Eva Perez y Ulrike Capdepón (2022) sobre las formas específicas de violencia hacia los/as niños/as, pero también sobre las agencias de esas infancias y su condición de víctimas del terrorismo de Estado.

Además de estas voces que lograron establecer narrativas reconocidas en la escena pública, en el Archivo Oral de Memoria Abierta identificamos relatos que muestran formas menos elaboradas de tramitación de las vivencias del terrorismo de Estado en las infancias y evidencian una tensión entre lo íntimo y lo transmisible públicamente. Se trata de un conjunto

de testimonios de hijas de madres y/o padres desaparecidos/as que narran su historia para el archivo, evidenciando en su relato que existen marcas de vulnerabilidad (Forcinito, 2018) y dolor (Ahmed, 2015) no solo por lo traumático de los acontecimientos vividos en la infancia, sino también por las dificultades que encontraron para la tramitación personal y colectiva de estas historias personales.

Como nos advierte Susana Kaufman (2014), el valor social de dar testimonio y los posibles efectos reparatorios que otorga la legitimación pública de las vivencias traumáticas, no siempre alcanza a lo íntimo, lo que expone, en muchos casos que la experiencia de dar testimonio no logra resolver aquello que relata y en muchos casos solo lo revive en términos de padecimiento. La serie que presentamos a continuación da cuenta de estos límites, de aquello que las narrativas de memoria con un fuerte valor colectivo y circulación social no pueden contener en términos individuales y subjetivos, de la intemperie en la que se encuentran ciertos sujetos al narrar sus historias y al volver a sentir en el cuerpo aquellos padecimientos sufridos en sus infancias.

Para esta publicación revisamos 34 entrevistas realizadas a hijos/as de desaparecidos y a personas que siendo niñas fueron secuestradas en centros clandestinos de detención. Todos los testimonios son parte del Archivo Oral de Memoria Abierta. Los testimonios fueron tomados entre el año 2000 y la actualidad. La sistematización de estas entrevistas, nos permitió detectar, al menos, cuatro formas diferentes de dar testimonio y de asumir, transitar y/o vivir la condición de niños/as sobrevivientes y de hijos/as de desaparecidos/as desde los años ochenta en adelante.

La primera de esas experiencias es la de las nietas y nietos que acompañaban a sus Abuelas en la búsqueda de sus hermanos/as apropiados/as. En sus entrevistas, Mariana Eva Perez (2002) y Juliana García (2002), estas hijas-nietas, cuentan que ir a la Casa de Abuelas les permitió encontrar espacios de socialización entre pares con historias similares y eso les permitió poner en palabras la desaparición de los padres y generar formas de tramitación de esas historias personales que tuvieron un marco de contención y acompañamiento.

La segunda es la de los/as nietos recuperados/as por Abuelas. En el archivo tenemos las entrevistas de Paula Logares (2004), Manuel Goncalvez (2005) y Tatiana Sfiligoy Godoy (2022). Las/os nietas/os recuperadas/os evidencian en sus propias biografías el crimen de Estado continuado en el tiempo. La condición de nietas/os restituidas/os es la imagen hegemónica de una infancia violentada, pero al mismo tiempo también de “un final feliz” de esta historia a partir de la recuperación.

La tercera experiencia es la de los y las hijas que participaron de la conformación de H.I.J.O.S. Si bien, la agrupación tuvo regionales en todo el país, la colección del Archivo Oral nos permite reconstruir cómo fue el funcionamiento de la agrupación en Ciudad Autónoma de Buenos Aires y en menor medida, en La Plata y Mendoza. La mayoría son entrevistas que se

realizaron entre 2001 y 2005, en las que vemos y escuchamos a hijos/as que tienen entre veinticinco y treinta años al momento de testimoniar. En las entrevistas de Eduardo ‘Wado’ de Pedro (2002), Virginia Croatto (2001) y Lucía García (2005), solo por dar algunos nombres, la juventud y la militancia son características pregnantes que marcaron también una forma de leer e interpretar sus acciones.

Las tres experiencias mencionadas hasta acá no son excluyentes. Por el contrario, en muchos casos la misma persona ha atravesado en diferentes etapas de su vida -o incluso de manera contemporánea- diferentes maneras de transitar la experiencia de la desaparición.

La cuarta experiencia, guarda una cierta distancia con las anteriores. Es la de hijas e hijos que construyeron su memoria del secuestro y la desaparición de sus padres y madres aparentemente lejos de la lucha de los organismos de derechos humanos y del discurso humanitario y que tampoco tienen vínculos orgánicos con ninguna organización colectiva en este campo. Son trayectorias vitales que en un primer momento parecieran estar fuera de lo que son las narrativas hegemónicas de memoria, historias más complejas en su tramitación personal y en la puesta en voz de su testimonio. Cuando nos acercamos a estos relatos, lo que vemos son trayectorias disímiles en relación a las formas institucionalizadas de las políticas y las narrativas de memoria, puesto que se trata de jóvenes que han tenido un contacto poco frecuente con los organismos de derechos humanos, o en algunas ocasiones ese contacto se ha producido muy recientemente.

Es esta última serie la que queremos presentar, dar a conocer y abordar. Son entrevistas de mujeres que no han tenido participación activa en los organismos de derechos humanos y no han construido su identidad narrativa en articulación con el familismo (Jelin, 2017). En un primer acercamiento, pareciera que también están por fuera de cualquier marco social de memoria y sin embargo, cuando escuchamos estos testimonios en profundidad, descubrimos que las testimoniadas han tenido acercamientos y alejamientos en relación a los organismos, activistas y emprendedores/as. Sus acciones aparecen separadas de esos colectivos pero no necesariamente aisladas de ese universo. Sin embargo, su análisis demanda nuevos marcos interpretativos que nos permitan pensar estos testimonios sobre infancias y terrorismo de Estado por fuera de la narrativa hegemónica construida sobre la función restaurativa del proceso de memoria, verdad y justicia (Jelin, 2017, Kaufman, 2014).

Todos los testimonios seleccionados para este artículo son de mujeres. Marcamos esta singularidad porque si bien las testimoniadas no reflexionan sobre el género en sus relatos, su condición de mujeres resulta insoslayable al momento de escucharlas y analizar sus relatos. Ana Forcinito, en “Testimonio y vulnerabilidad: hacia la construcción de saberes feministas” (2018), piensa el carácter testimonial de las narrativas de mujeres víctimas del terrorismo de Estado no en relación a la verdad de sus narraciones, sino a la vulnerabilidad que inunda sus relatos. En su trabajo nos invita a repen-

sar el lugar que ocupa lo vulnerable en la construcción de saberes y más aún en el impacto que tiene su puesta en escena sobre los paradigmas del testimonio, que no solo registra denuncias, sino que además hace visibles las narraciones de testigos sobre violaciones a su dignidad (2018, p.5).

Esa condición de vulnerabilidad, como elemento que configura y se expone en los testimonios, se entrelaza con la noción de dolor tal como la estudia Sara Ahmed en su trabajo sobre *La política cultural de las emociones* (2015). Dice Ahmed:

El dolor generalmente se ha descrito como privado, incluso una experiencia solitaria, como un sentimiento que yo tengo que los otros no pueden tener, o como un sentimiento que otros tienen y que yo no puedo sentir. Y, sin embargo, el dolor de los otros se evoca continuamente en el discurso público, como algo que requiere una respuesta colectiva e individual (Ahmed 2015, p. 47).

Los testimonios que presentamos a continuación evidencian de modo extremo esa tensión entre la experiencia solitaria del dolor y lo insuficiente de las respuestas y las narraciones públicas, colectivas y/o estatales para aliviar ese dolor personal, lo que nos lleva a preguntarnos cuánto y de qué modo interpelan estos testimonios –que no encuentran una resolución favorable al dolor y la pérdida– a las narrativas humanitarias hegemónicas en este campo (Ahmed, 2015).

Testimonios a la intemperie¹

Gloria Palma (Memoria Abierta, 2007)

Gloria brindó su testimonio para el Archivo Oral en 2007, ella tenía 15 años cuando secuestraron a su papá en 1977. En la entrevista relata que la desaparición está vinculada a los crímenes económicos de la dictadura, específicamente a una propiedad rural en Chacras de Coria². Su papá era contador y tenía un estudio contable en el que atendía cuentas de la organización Montoneros. En su testimonio, ella dice desconocer si su papá tenía alguna militancia efectiva en la organización o si para él era un cliente entre otros. El secuestro supuso la desintegración familiar, el padre era el sostén económico y afectivo de la casa. Después del secuestro la madre mandó a

1 Con el objetivo de agilizar la lectura del texto, hemos optado por entrecomillar las citas textuales extraídas de los testimonios del Archivo Oral de Memoria Abierta mencionando la referencia solamente la primera vez que aparece el nombre de la persona. Todos los testimonios citados son de carácter público y se encuentran disponibles en su versión completa en la sede de Memoria Abierta.

2 Aunque sin el mismo grado de sistematicidad que tuvo la persecución política, prácticas como el robo de bienes y propiedades y el vaciamiento de cuentas bancarias fueron parte de las operaciones desarrolladas por los mismos grupos de tareas que realizan los secuestros. La apropiación de terrenos en Chacras de Coria en la provincia de Mendoza, diseñada y llevada adelante por el Grupo de Tareas 3.3, que actuó en el centro clandestino de la Escuela de Mecánica de la Armada, fue parte de esas prácticas. Sobre este caso en particular se puede consultar: Confino y Franco (2021).

los hijos menores a vivir a otras casas. Gloria se fue a vivir a la casa de una hermana mayor, casada con un militar, en Bahía Blanca.

En cuanto a las acciones públicas realizadas por la familia para denunciar la desaparición de su papá, Gloria relata que, en un primer momento su mamá hizo una denuncia pero luego no avanzó en las averiguaciones porque “se puso muy mística y religiosa.” En 1983 es Gloria quien hace la denuncia en la CONADEP y luego declara en el Juicio a las Juntas en 1985. Rememora el momento en que declara en el Juicio y dice : “antes de entrar fue muchos nervios, no saber qué decir y sentir que lo nuestro no era tan fuerte con todo lo que uno venía leyendo en los diarios. A nosotros no nos había pasado nada, más que llevarse a mi papá. Tenían otras denuncias más fuertes”.

Esos nervios que Gloria menciona y la sensación de que “lo nuestro no era tan fuerte” se evidencian en el visionado de su declaración en el Juicio a las Juntas³. Allí su voz es muy tenue y se va perdiendo a medida que va relatando el secuestro de su padre y los acontecimientos posteriores. En una oportunidad los jueces le piden que hable más fuerte y en dos oportunidades la hacen repetir algunas frases que no se entienden.⁴ Cuando Gloria señala que “a nosotros no nos había pasado nada, más que llevarse a mi papá. Tenían otras denuncias más fuertes” está pensando en términos comparativos el dolor de su historia personal en relación a la de otros casos y minimizando los efectos devastadores del terrorismo de Estado en su propia vida.

Sin embargo, veinte años después de aquella declaración judicial y en el marco de la entrevista que está dando para el Archivo Oral de Memoria Abierta, Gloria reflexiona sobre la revictimización que supuso para ella dar testimonio en aquel juicio: “tenía veintitrés años, perdí la noción de cuando era chica y cuando era grande. Mi papá desapareció cuando yo tenía 15 para 16. Una tuvo que crecer de golpe y a su vez sentís que no crecés y quedás pegada a esa edad. Es duro, si contás esa historia es como que volvés a tener 16”.

Las dos escenas evidencian las distintas formas que asume un testimonio según el contexto y el destinatario (Pollak 2006). En el testimonio judicial brindado en 1985, no hay lugar para tomar en cuenta la subjetividad de Gloria, la juventud, la extrema vulnerabilidad. Por el contrario, en la entrevista del Archivo Oral, ella puede reflexionar sobre su condición de testigo y víctima, y mensurar su vivencia en relación a otras, para minimizar su dolor en comparación con los estándares que considera socialmente establecidos.

La condición de ajenidad en relación a otras experiencias vuelve a aparecer en su entrevista cuando se le pregunta si alguna vez se acercó a H.I.J.O.S. y dice “me considero mucho más grande que ellos, tienen otra historia. Yo conocí a mi papá, lo disfruté a mi papá. Sé –por los libros que leí- que su-

3 En el acervo de Memoria Abierta se puede acceder a la versión completa de las filmaciones del Juicio a las Juntas Militares.

4 Gloria cuenta allí que su padre llamó por teléfono estando secuestrado y que envió unas cartas a la familia. Al momento del Juicio, cuando le preguntan por las cartas, ella dice que las entregó como documentación probatoria en el Centro Cultural San Martín, donde la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP) recibió las denuncias en 1984.

frimos lo mismo, tenemos las mismas preguntas, los mismos miedos. Tenemos una historia en común, pero nos separa que yo lo conocí a mi papá”.

En su construcción narrativa y subjetiva, lo que comparte es el sufrimiento y lo que la distancia, en su mirada, de la experiencia de quienes integran la agrupación HIJOS es un grado menor de orfandad por haber tenido un tiempo de convivencia con su padre. Es como si ella considerara que existen diferentes grados de dolor de acuerdo a la magnitud de la pérdida, lo cual hace que ella compare su historia personal en relación a otras y diga que “a nosotros no nos había pasado nada” o “nos separa que yo conocí a mi papá”.

Esa relativización expone otra forma posible de vulnerabilidad. Una historia que no encuentra eco en los relatos hegemónicos y que queda, por lo tanto, desacoplada de los marcos narrativos que la podrían contener. Se trata de un testimonio que pone en escena la fragilidad que supone atravesar en soledad la reconstrucción de la propia historia, (Forcinito, 2018), y nos conduce a revisar el modo en el que nombramos las marcas del terror estatal.

Karina Casanova Pettigrew (Memoria Abierta, 2006)

En la entrevista que Karina da para el Archivo Oral de Memoria Abierta en 2006, refiere que eran cuatro hermanos/as que vivían con su mamá, porque sus padres estaban separados y que tanto ella como sus hermanos/as sabían de la militancia de su madre en el PRT- ERP. Dice Karina que su hermano German, que tenía once años, conocía algunas direcciones de compañeros de su madre y era el único que sabía que en la casa había un arma. En su testimonio, Karina relata que el domingo que secuestraron a su mamá, tres de los hermanos estaban solos en el departamento y que cuando los militares llegaron, al no encontrar a la madre, llevaron a su hermano Germán a buscarla a la casa de otros compañeros. En este punto de su testimonio, Karina aclara que, años más tarde, German le contó que no los llevó a donde estaba su mamá, sino a la casa de otra persona. Karina recuerda que unos días después de aquel domingo, alguien llamó por teléfono para avisar que a su mamá la había atropellado un auto y había muerto y dice:

Es extraño porque los tres estábamos en casa cuando la vinieron a buscar y yo no sé qué les habrán dicho a mis hermanos, a mi me dijeron eso y yo lo creí durante muchos años y durante muchos años tuve mucha culpa porque mami me había invitado a ir a ese asado y yo no quise ir. Mami no veía nada, era super miope y frente a esta noticia de que se la llevó por delante un auto, yo pensé que no lo vio y que si yo hubiera ido la hubiera salvado. Durante mucho tiempo lo cargué. Supongo un recurso de protección, tener una respuesta. Qué pasó, se murió. Era una respuesta frente a la nada.

La versión de que su madre murió atropellada representa para Karina durante algunos años una respuesta concreta frente a lo incierto. En ese sentido, podríamos pensar que, aunque el sentimiento de culpa que experimentó da cuenta de su dolor, se trata de una emoción que encuentra explicación. Lo duro es asimilar la desaparición, o como ella misma dice, lo duro es asimilar “la nada”.

Tras el secuestro de su mamá, al igual que en el caso de Gloria, los/as hermanos/as se fueron a vivir a casas diferentes y perdieron contacto durante muchos años. Cuando se reencontraron, su hermano Germán tenía problemas de adicciones y pasaba largas temporadas viviendo en la calle. En cuanto a la vida de Karina, ella relata que creció apartada de los temas vinculados al terrorismo de Estado. “A mí me llevó muchísimos años acercarme al tema. Lo tenía bastante tapado, guardado (...). Hablar con la gente que yo vivía era impensable, así que supongo que me acostumbré al silencio”. Esto fue así hasta que se reencontró con su hermano Germán y juntos comenzaron a indagar sobre su madre y a interiorizarse en los temas de memoria y derechos humanos.

En su testimonio Karina no especifica fechas, va marcando los tiempos de acuerdo a acontecimientos personales. Por ejemplo, para hablar del momento en que se reencuentra con sus hermanos, señala que fue “al terminar la secundaria”, por lo que se puede suponer que fue a fines de la década de 1980 o principios de los años 90. Cuando quiere enfatizar sobre lo apartada que estuvo en relación a los reclamos de “memoria, verdad y justicia”, dice “hasta los treinta creo que nunca participé en nada, no fui a una marcha ni nada”. Hay solo dos fechas que aparecen en su testimonio: la del secuestro de su madre -11 de julio de 1976- y el año de la muerte de su hermano Germán - 1999-. Ambas fechas quedaron grabadas en su memoria; esos acontecimientos resultan traumáticos para Karina, porque suponen la desintegración del núcleo familiar y la pérdida de marcos de contención y afecto. Tras el secuestro de su mamá, Karina se va a vivir con una tía, lejos de sus hermanos. Tras la muerte de Germán, ella se siente sola en la búsqueda de saber qué pasó con su madre. Incluso al hacer mención a la entrevista que está dando para el archivo dice: “esto mismo tendría que estar haciéndolo con Germán”.

Luego de la muerte de su hermano, Karina manifiesta haberse acercado a *Familiares de detenidos y desaparecidos por razones políticas*, para conocer gente que haya tenido una experiencia similar y también participó de una cena de presentación de nuevos hijos en H.I.J.O.S., pero “no me enganché a militar”. Asimismo, dice que “este año (2006) puse por primera vez un recordatorio en *Página 12* con la idea de contactar algún compañero de mami” porque aún no encontró a nadie que la hubiera conocido en su militancia.

Su mirada es muy desencantada en relación a la sociedad respecto a estos temas, pero también es una mirada desencantada en relación a las políticas estatales de memoria. Cuestiona el desempeño de la Secretaría de Derechos Humanos en la lentitud para gestionar las indemnizaciones en algunos casos como el suyo. Asimismo, cuenta que durante un tiempo trabajó para la Secretaría con la promesa de que pronto la contratarían aunque eso nunca sucedió y como ella ya estaba cobrando mensualmente la indemnización, dice “mi trabajo en la secretaria me lo pagó mami”. Es muy crítica también en relación a la consigna *Nunca más*, “porque no se aclara nunca más a qué. Pareciera que abarca todo, nunca más a la lucha también y yo no comulgo con eso”.

Cuando se le pregunta cómo ve ella la figura de los hijos de desaparecidos, dice “yo no puedo verlo desde otro lugar a como lo viví yo. Aunque esto nos pasó a todos, pero no sé si puedo decir...” y cambia de tema. Asimismo, al referirse al testimonio que está dando para el archivo oral, señala: “siento una gran responsabilidad con todo esto. Evidentemente les estoy contando algo que me pasó, pero no soy la única implicada en esta historia. Y no puedo escapar de mi subjetividad, digamos, de mi punto de vista, y no sé si será justo para mis hermanos. Hablo desde mí.”

En el testimonio de Karina, su posicionamiento crítico frente a las políticas de memoria y a las consignas socialmente aceptadas como la del “nunca más” está estrechamente ligado a su propia trayectoria vital. Karina siente que no puede hablar en nombre de ningún colectivo, ni del de los hijos/as de desaparecidos/as; ni el de sus propios hermanos. La fragilidad de su verdad está estrechamente ligada a esa vulnerabilidad testimonial de la que habla Forcinito (2018), la verdad de Karina es una verdad habitada de bordes, fragmentos y desplazamientos que ella siente solo como propios, independientemente de sus pares, sean sus hermanos u otros/as hijos/as de desaparecidos/as.

Paula Daly (Memoria Abierta, 2012)

Paula tenía seis años cuando secuestraron a su mamá en 1976. Al momento del secuestro ella y sus dos hermanos estaban presentes. Luego de la desaparición se fueron a vivir a casa del padre. Paula relata que cuando tenía diez años su papá les dijo que su mamá estaba muerta y no iba a volver y “esa fue la única referencia formal que se hizo, te diría en toda mi vida”. En su testimonio Paula explicita que creció con un fuerte silencio por parte de su padre y de otros adultos y relata las diferentes agencias y formas que ella fue encontrando para acercarse y/o alejarse de su historia personal a lo largo de toda su vida. Habla también de la dificultad de recordar y compartir las vivencias infantiles entre los hermanos.

Por ejemplo, relata que iba al colegio San Andrés, en donde tuvo compañeras que eran “familiares de represores” y recuerda que una vez llevó un ejemplar de la *Revista Gente* donde se mostraban las fosas comunes del cementerio de Grand Bourg y le contó a un profesor de historia que su madre era una de esas desaparecidas.

Me acuerdo que estaba en séptimo grado, leí en una revista gente que habían encontrado cuerpos nn -yo no sabía que era nn- en Grand Bourg. Y agarré esa revista y me fui a, mirá lo que era la fuerza del silencio, me fui a ver a un profesor de ciencias sociales y le dije, yo creo que mi mamá puede ser una de estas. Pero después no pasó nada y eso se diluyó.

Paula se va de la casa paterna a vivir sola a los veinte años, en ese momento ella dice que había decidido “no mirar toda la historia de mamá”, sin embargo al escuchar las declaraciones de Rodolfo Scilingo en televisión, se

acerca a H.I.J.O.S. pero lo hace “desde un lugar totalmente desafectivizado y salí espantada”. Cuando se cumplieron los 30 años del golpe, en *Página 12* sus hermanos sacaron un recordatorio de su mamá en el que ella y sus hijos no aparecen, dando a entender que esa ausencia se debe a su decisión de distanciarse de su historia personal. Pero podemos suponer que también se debe a las presiones que ejerció su marido de entonces, quien llegó a decirle “yo no te voy a permitir que reivindiques la figura de tu madre frente a mis hijos”.

Será recién luego de la muerte del padre en el año 2009, cuando Paula toma la decisión de comenzar a indagar sobre su madre, asume su condición de hija de una desaparecida y se divorcia del padre de sus hijos. Su testimonio da cuenta del fuerte silencio paterno con el que ella creció en torno a la figura de su madre. Pero también, el testimonio da cuenta de situaciones un tanto confusas, sensaciones que durante su infancia ella no pudo racionalizar o estigmatizaciones que sufrió en su vida adulta en torno a la figura de la desaparición, como lo que sucedió con su propio marido. Asimismo, el testimonio de Paula da cuenta de una fuerte tensión entre el silencio de la narrativa familiar y todo lo que ella logra averiguar sobre su mamá cuando empieza a buscar información sobre ella fuera del entorno íntimo. Respecto del encuentro que tuvo con el Equipo Argentino de Antropología Forense, comenta:

Me contaron que mamá militaba en columna norte, que le decían La Pato. Que había dos o tres compañeros que la habían nombrado o sea que ellos tenían contacto con ex compañeros de militancia de ella... todo una serie de información. En un momento era como que yo escuchaba pero no registraba todo lo que estaba pasando. El impacto era tan grande. Y en un momento era esto, una chorrera de información, de fotos, de datos de amigos de cosas que para mi eran nuevas y esto estaba afuera, no estaba adentro del círculo familiar.

Al momento de la entrevista Paula está encontrándose con toda esa historia, sin reprimirla, se está permitiendo hablar, pensar, buscar, cuestionar. “Lo loco de esto -dice-es que pasaron treinta y pico de años y para mí esto es lo nuevo. La mezcla de lo viejo y lo que empieza a nombrarse con una fuerza emocional”. En ese cuestionamiento y quizás en un espacio que ella entiende de intimidad, como es el clima que se genera en las entrevistas del Archivo Oral, Paula cuestiona la idea de los desaparecidos, dice: “esta figura del desaparecido, esa palabra la uso tanto pero cuando la pienso es una palabra con la que me revelo muchísimo. Es esta idea de que no desaparecieron. Desaparecer es como barrer, es como la inexistencia de eso”

Su testimonio evidencia esa tensión que señala Ahmed entre el plano personal del dolor y el plano colectivo. Dice: “Mi búsqueda de articular esto con lo colectivo está teniendo más vigencia ahora, en esta última etapa. Hasta el momento fue todo muy personal y sigue siendo. Ir hacia adentro

mucho y empieza a aparecer en mí el ir hacia afuera y en el hacia afuera me cuesta articular, porque me encuentro con blancos y negros, rojos y colorados. Esta cosa tan agrupada.”

Paula complejiza las formas legitimadas de tramitación de esta historia, lo que se evidencia en su sensación de “salir espantada” de H.I.J.O.S., en el cuestionamiento que hace a la noción de la “desaparición” y en la empatía que dice tener con el hijo de un intelectual de derecha que fue acibillado por el ERP en la vía pública delante de toda su familia. Ella dice que con ese hijo “pude empatizar con su dolor, independientemente de la ideología diferente que tenemos”. Esa empatía Paula la siente en el hecho de que ambos vieron cómo secuestraban o mataban a sus padres, cosa que ella siente que no le sucedió con otros hijos con quienes comparte una historia similar. En este punto, el testimonio de Paula encuentra vinculación con los relatos de Gloria y Karina, al marcar esa tensión entre lo individual y lo colectivo, y señalar lo que la une pero sobre todo lo que la distancia con otros/as hijos/as de desaparecidos/as.

Nancy Alarcón Olivera (Memoria Abierta, 2015)

Nancy es hija, nieta y hermana de desaparecidos/as. Tenía cinco años cuando secuestran y desaparecen a su familia. Nancy recuerda que todos/as militaban en el Movimiento Evita y que en su casa siempre había reuniones. “Mi abuela era la que encabezaba las reuniones, era algo común para nosotros”.

En la entrevista Nancy comienza a llorar cuando tiene que reconstruir la escena del secuestro. Dice:

(...) ese día era un domingo, un 26 de febrero de 1977 a las doce del mediodía. Nosotros estábamos con mis abuelos (...) El perro que teníamos siempre sabía ladrar y lo escuchábamos nosotros si alguien venía a la casa. Cuando de repente nosotros levantamos la mirada y vemos las armas que se metían por el techo. Ya estábamos rodeados, habían matado al perro, por eso no ladraba. Ya tenían a mi mamá, mi papá, faltábamos nosotros nomás. Nos tuvieron secuestrados una semana en nuestra misma casa. A los chicos nos mandaban a comprar cosas para que ellos coman. Nosotros éramos chicos y no teníamos tan claro que pasaba. Nos tenían separados, a las mujeres con los chicos. (...) mi prima cuenta que a la que más torturaban era a mi abuela que encabezaba las reuniones (...) cuando nos sacan, nos suben primero a las mujeres a las grandes, mi abuela, mi mamá, mis tías (...) a nosotros nos dejan abandonados en una plaza, a todos los chicos. A los grandes los llevan a la seccional de policía. Mi hermanita nunca llegó a la comisaría ni estuvo con nosotros en la plaza.

Como en el caso de Karina y de Gloria, luego del secuestro ella y su hermano serán separados y criados por distintos miembros del núcleo familiar. A su hermano menor lo crían sus padrinos y ella pasará por distintas casas de familiares hasta que se casa a los 16 años y se independiza. Podríamos suponer que la acción de casarse es una forma de decidir sobre su vida de forma autónoma, en oposición al itinerario que viene relatando. En su recuerdo destaca las carencias económicas y afectivas que padeció durante su infancia, desde el secuestro de su familia hasta que decide casarse.

Cuando nos sacan de la seccional dos de policía, me retira una hermana de mi abuelo. Ella me tiene un tiempo, era una señora muy grande y vivía sola y como que no podía tenerme mucho. Después me voy a vivir con una hermana de mi mamá, que vivía en Trinidad. Ella tenía muchos chicos, era gente muy humilde y muy bruta. Un día me va a visitar una madrina de mi hermano para que yo me vea con él y termina sacándome de ahí porque me pegaban mucho, me daban de comer comida de mucho tiempo y me voy a vivir con otra familia que es la que me termina de criar.

Ante la pregunta de cómo pudo reconstruir o seguir con su vida, Nancy vuelve a romper en llanto, dice: “yo iba a la escuela, la vida seguía. Yo sabía mi pasado, desde que tengo uso de noción yo sé lo que pasó con mi familia. Siempre lo supe, no hacía falta que me lo cuenten, pero bueno...” Y luego agrega que estuvo siempre apartada de todo “eso”. Pareciera que el deíctico “eso” le sirve para referirse a ese pasado que ella conoce desde que tiene “uso de noción” sin utilizar palabras como “secuestro”, “desaparecidos”, “memoria”, “terrorismo de Estado” u otras de uso común entre familiares, víctimas y afectados..

Lo llamativo de la historia de Nancy es que si bien ella sostiene haber permanecido apartada de todo “eso”, el caso de su familia aparece documentado y registrado ya en el Informe elaborado por la Comisión Bicameral de Tucumán en el año 1985. Asimismo, los restos de su papá y su abuelo fueron encontrados en el Ex CCD Arsenal Miguel de Azcuenaga en 2012. Al referirse a este hallazgo, Nancy habla de lo insuficiente que fue para ella recibir los restos, puesto que “uno siempre tiene la ilusión de que ellos aparezcan vivos, de abrir la puerta y que ellos estén ahí, no de que te los entreguen así”.

Nancy destaca que son sus hijos quienes asumen la historia familiar, reivindicando la militancia de sus familiares desaparecidos y hablan de la acción criminal del Estado. Ella, en cambio, pareciera no poder asimilar esta historia más allá del dolor que le produce. Quizás es por ese mismo dolor que ella no encuentra palabras certeras para nombrar los crímenes y los refiere como “eso”; que le resulta insuficiente haber recuperado los restos de su padre y su abuelo porque “uno tiene la ilusión de que ellos aparezcan vivos”; que no puede dejar de llorar mientras da testimonio, lo que hace que la entrevista se corte en varias oportunidades para que ella se reponga⁵. Ese llanto de Nancy pone en evidencia que, como dice Ahmed, “a través de las emociones, el pasado persiste en la superficie de los cuerpos. Las emociones nos muestran cómo se mantienen vivas las historias” (2015:304) y que ni el paso del tiempo ni las políticas reparatorias del estado son muchas veces suficientes para curar ese dolor.

5 En el archivo oral también se encuentra la entrevista del hermano de Nancy, Walter Alarcón. El relato de Walter es muy diferente no solo al reconstruir lo que fue su vida luego del secuestro de sus padres y la forma en la que él asimiló esa historia, sino también en relación al vínculo que él tiene con su hermana, puesto que para él ellos tienen “una relación fluida, de hermanos” y para ella son “casi desconocidos”.

Sandra Mónica Missori (Memoria Abierta, 2012)

Sumamos a esta serie, un caso único dentro del archivo, el testimonio de Sandra tomado en 2012. Ella no es hija de desaparecidos, sino sobrina. Su caso es particular porque fue secuestrada en Campo de Mayo a los doce años junto con sus tíos, militantes de Montoneros y sometida a torturas e interrogatorios.

En su entrevista, Sandra relata con mucho detalle cómo fue el secuestro, el traslado a Campo de Mayo y las torturas que ella padeció en su cuerpo y las que vio que padecían otros secuestrados, entre los que se encontraban sus tíos. Cuenta que lloraba y se quejaba mucho mientras estuvo secuestrada, “no me podían disciplinar” es la expresión que utiliza para destacar que los militares le pedían que se calle y ella no podía hacerlo. Menciona que estando secuestrada sufrió una crisis nerviosa por lo que tuvieron que trasladarla del galpón en el que se encontraba a otra sala, para curar sus heridas.

Al referirse a la cantidad de personas que había en el galpón señala “creo que en total éramos cinco presos, cinco conmigo. Yo, una nena entre todos”. La mención de que “éramos cinco presos” contrasta con la idea de “yo, una nena entre todos” a la vez que evidencia la magnitud del horror padecido por Sandra en tanto deja en claro que los militares la trataron con el mismo nivel de violencia que trataban al resto de los secuestrados, sin considerar que ella era aún una niña. Cree que estuvo casi 15 días secuestrada hasta que a ella y a su mamá las liberaron. Sandra reconstruye ese momento y relata:

A la noche se hacían los traslados y traslados significaban la muerte o te llevaban a otro centro (...) Esa noche empezaron a nombrar, yo escuché el número de mi tío, ya no escuché el número de mi tía, escuché el número de mi mamá y después cuando vinieron a mi galpón, digamos y me nombraron a mí (...) empezaron a cargar como antes, lo subieron a mi tío, la subieron a mamá y después la bajan de los pelos y nos metieron en una camioneta más chiquita. Nos dijeron “ustedes se van, pero a partir de hoy son sordas, ciegas y mudas”. Y a partir de ahí fuimos sordas, ciegas y mudas. De hecho mi mamá murió y yo jamás hablé con mi mamá. Fue como un pacto de silencio que se hizo.

Luego de la liberación, Sandra narra las dificultades que ella y su madre vivieron al regresar al barrio, al extremo que ella no pudo volver a su escuela ni su madre a su trabajo. Sobre los efectos que esa experiencia causó en ella y en su mamá, dice:

(...) mamá falleció sola, mamá se dedicó a la bebida porque al quedarse sin trabajo ella nunca más pudo rehacer su vida. De hecho nunca se trató ni me hizo tratar a mí. Yo ya empecé mi tratamiento cuando tuve mi primer intento de suicidio. Yo ya tenía a los dos chicos grandes, Esteban tenía un año y medio y Martín tendría tres. Ahí entré en una depresión muy grande porque le diagnosticaron a mi hijo del medio una hipoacusia y fue como que ese golpe despertó en mí (...) porque yo nunca más hablé, nunca, nunca, nunca. Y bueno entre el psiquiatra y el psicólogo, durante años me enseñaron a que yo lo tenía que hablar, sobre todo a mis hijos. Que ellos tenían que saber lo que su madre había pasado.

En su relato, es la hipoacusia de su hijo el evento que desencadena lo que ella nombra como “una depresión muy grande” cuya manifestación más extrema pareciera ser ese primer intento de suicidio. A su vez, es a partir de ese intento de acabar con su vida que Sandra rompe el silencio en el que ella y su madre vivieron desde que las liberaron. Deja entonces de ser “sorda, ciega y muda”, tal como los militares le habían pedido que fuera y empieza a relatar el horror padecido. Se trata de un momento bisagra en la vida de Sandra en el que no solo cobra valor su propia sobrevivencia, puesto que al aclarar que es “mi primer intento de suicidio” da a entender que luego hubo otros; sino también su testimonio, como pieza fundamental para denunciar de forma fehaciente los crímenes cometidos por las fuerzas armadas.

En este punto, resulta clave para ella el acompañamiento que recibe del Centro Ulloa,⁶: “ellos me hacen el acompañamiento psicológico cada vez que tengo que declarar o hacer algo (...) ellos te exigen que vos los llames, sea lo que sea que vos necesites compañía. Te cuidan porque acordate que nosotros, hoy por hoy somos muy valiosos para que esto se sepa y para que esto no se calle”. A partir de aquí comienza a hablar de su condición de sobreviviente y establece -como también lo hizo Gloria- una escala de valores en donde distingue el valor que para ella tiene su testimonio en relación al que tiene el de los/as hijos/as de desaparecidos/as. Dice:

(...) a mí a veces también me da un poquito de bronca que se le dé más difusión a los hijos de desaparecidos que a los sobrevivientes. Porque un hijo no te puede contar mucho, te va a contar una versión venida de un tercero, que no la vivió, porque es un tercero que puede ser una abuela, que no estuvo ahí o una abuela que por ahí presenció cuando se llevaron a su hijo o a su hija. Un nieto recuperado, un bebé no se va a acordar, cómo era el lugar. O sea, qué mejor testimonio que un sobreviviente (...). A mí me parece que nos tienen que dar más difusión a nosotros que a hijos. ¿No? Obvio, todos tienen sus derechos. Pero veo que están muy volcados a los hijos y se olvidan de los sobrevivientes.

Sandra cuestiona no solo el valor que tiene un testimonio en relación a otro en cuanto al nivel de veracidad y detalle; sino que también cuestiona “el familismo” (Jelin 2017) sobre el que se asienta la narrativa humanitaria, en tanto -de acuerdo a su percepción- “se le da más difusión a los hijos de desaparecidos que a los sobrevivientes”. Asimismo, al igual que en el relato de Karina, crítica las políticas reparatorias, sobre todo las vinculadas a las indemnizaciones y declara “mamá murió sin recibir un solo peso de nada, porque cuando nosotras desaparecimos (...) a nosotras dos no nos denunció nadie, entonces es como que nosotras no existíamos digamos...”. También cuestiona la acción de la justicia, sobre todo al decir que para ella “los juicios no son reparatorios de nada, hay que hacer justicia por mano propia”.

Si bien la idea de hacer justicia por mano propia es opuesta a la lucha y

⁶ El Centro de Asistencia a Víctimas de Violaciones de Derechos Humanos “Dr. Fernando Ulloa” dirige acciones de asistencia integral a víctimas de graves violaciones de Derechos Humanos cometidas durante el terrorismo de Estado y en democracia.

búsqueda de justicia que el movimiento de Derechos Humanos, como colectivo, viene sosteniendo y exigiendo desde fines de la década de 1970; el hecho de que Sandra puede manifestarlo mientras da testimonio nos habla de un cuestionamiento extremo a las políticas reparatorias. Ese cuestionamiento aparece en todos los testimonios de la serie, Gloria, Karina, Paula y Nancy hablan de los límites y alcances de esa políticas, pero en esta entrevista llega a su punto más alto, en tanto Sandra expone lo que pareciera una emoción negativa, “la ira”, asociada a una acción negativa, “la venganza”. Como señala Ahmed:

No podemos saber de antemano qué hace que otros (o incluso nosotras mismas) se sientan mejor con las injusticias que han dado forma a vidas y mundos. De hecho, para algunas personas sentirse mejor podría incluir sentimientos de indignación, rabia y vergüenza, como sentimientos del presente sobre un pasado que persiste en el presente. Las emociones que con frecuencia se han descrito como negativas o incluso destructivas también pueden ser potenciadoras o creativas, con frecuencia justamente porque rechazan la promesa del lazo social. (Ahmed 2015: 303)

Lo disruptivo en el testimonio de Sandra es casualmente el rechazo a la promesa del lazo social. En su testimonio Sandra no busca ser conciliadora ni con los organismos de Derechos Humanos, ni con otros/as hijos/as de desaparecidos/as, no hay en su testimonio puntos de acercamiento, sino solo distancia entre la narrativa humanitaria y su propia vida.

Cuando las políticas de reparación no alcanzan

Como ya señalamos, el corpus de narrativas que da cuenta de las memorias de los hijos y las hijas de personas desaparecidas es extenso. Dentro de él, una parte considerable se ha ocupado de los modos en que esa generación abordó los efectos de las violencias a través de representaciones artísticas y productos culturales que despliegan distintas estrategias para hacer visible su lugar como víctimas del terrorismo de Estado, pero también como agentes que representan y elaboran sus vínculos filiales, el duelo, el dolor, el miedo. (Blejmar 2017; Basile 2019; Peller 2020; Daona 2017; Saporosi 2022).

En el Archivo Oral de Memoria Abierta, nos encontramos mayoritariamente historias de vida de hijos e hijas que han tenido, por lo menos en algunos momentos de sus vidas, algún acercamiento a los organismos de derechos humanos. Organizaciones como Abuelas, Madres o HIJOS constituyeron espacios en los cuales han podido desarrollar militancias, encontrar contención, reclamar e incluso polemizar con las propias organizaciones.. También encontramos historias de vida de jóvenes que han procurado asumir responsabilidades institucionales en relación a políticas públicas de memoria.

Dadas las características de Memoria Abierta, una alianza de organismos de derechos humanos de Argentina, esas historias son mayoritarias en el Archivo Oral. Sin embargo la búsqueda constante por ampliar el corpus

testimonial a experiencias no vinculadas directamente al movimiento de derechos humanos, ha permitido que este universo se diversifique y se amplíe, siempre atendiendo a la singularidad de cada experiencia y a los modos singulares de dar testimonio.

La serie de trayectorias vitales que presentamos en este texto forma parte de esa diversidad. Una de sus características comunes es que, a diferencia de lo que señalan la mayoría de los testimonios de quienes estuvieron vinculados a la organización HIJOS, en estos testimonios no aparece el sentimiento ni la vivencia de un encuentro con otra/os hijas/os como sus iguales.

Se trata, como ya señalamos, de experiencias más dificultosas y solitarias de elaboración de la pérdida de los padres y madres, aunque no por ello menos relevantes. Relatos en los cuales las personas adultas a cuyo cargo quedaron los niños y niñas no pudieron acompañar y ayudar a dar sentido a los acontecimientos que ellos y ellas atravesaron en la infancia. Este modo aislado de tramitar la pérdida ha configurado unas narrativas particulares de memoria que se hacen presentes en sus relatos en la actualidad. La disparidad de las trayectorias vitales que mostramos da cuenta de que el daño se extiende largamente en el tiempo y de que las acciones del movimiento de derechos humanos y las políticas estatales de memoria no alcanzan por sí solas, si las víctimas no tienen -además- redes de contención emocional, social y afectiva que ayuden a elaborar estas experiencias traumáticas. Por otro lado, son en sí mismas experiencias distintas de desgarró, que no necesariamente podrían “bordarse” del mismo modo que otras, aún si contaran con esos escenarios de contención, puesto que suponen el tránsito previo por zonas ásperas de silenciamiento y desamparo.

Esa vulnerabilidad (Forcinito 2018) en algunas ocasiones se ha proyectado hasta la vida adulta y ha condicionado decisiones vitales diversas. En el momento de testimoniar sobre sus infancias, estas mujeres adultas relatan que vuelven a sentir en sus cuerpos aquella sensación de dolor (Ahmed 2015) que ocasionó la desaparición de sus madres y padres o, en el caso de Sandra, los días que estuvo secuestrada. Pero también dan cuenta de las conexiones afectivas que las invitan a poner en palabras el dolor y la resistencia, como es el caso de Sandra y Nancy que mencionan a sus hijos.

Recuperar estas memorias presentes en el Archivo Oral pero poco visibles en el espacio público, y preguntarnos por qué estos relatos han tenido menos escucha, implica repensar la relación jerárquica entre memorias, las múltiples formas del afrontamiento y también los límites de los efectos reparatorios del testimonio y de la política pública. Como señala Susana Kaufman:

Las implicancias subjetivas de dar testimonio ponen en evidencia lo singular de cada relato y el modo en que se hace presente la experiencia a través (y en) el lenguaje y los gestos dando lugar a la transmisión y reclamando la escucha. En ese sentido, el relato de la experiencia no es tanto un posicionamiento ético construido en torno al mandato de recordar o de hablar en nombre de quienes no están, sino una manera de hacer presente al yo que recuerda a través de la palabra, pero también del cuerpo. Los efectos de la represión sistemática, las políticas de desarticulación de los vínculos

comunales, los efectos de la desaparición forzada y los duelos irreparables agravados por la falta de información sobre lugares y destino de los desaparecidos han sido parte de la política de terror estatal. El testimonio en ocasiones busca oponer una fuerza contraria que va más allá incluso de la denuncia y de la apuesta a la no repetición lo cual complejiza la función reparatoria que se le asigna. (Kaufman, 2014: 103)

Podemos pensar que estas memorias han tenido menos escucha en el entramado colectivo porque hablan de familias fragmentadas, desintegradas, que no vuelven a recomponerse. Hablan de hijos/as que no militan, y no reconstruyen ni reivindican la militancia de sus madres/padres/tíos. Que tampoco se acercan a los organismos de derechos humanos ni a su universo de referencias simbólicas, o lo hacen de manera fragmentaria (ponen un recordatorio, van a una reunión que los espanta). Que no reivindican las políticas públicas de derechos humanos, tienen relaciones ambiguas con ellas o las ponen bajo sospecha (cuando mencionan haber declarado en los juicios se refieren a la revictimización, hablan de la preferencia por la justicia en mano propia, toman distancia de las reparaciones económicas o las refieren como privilegios). Denuncian lo no denunciado (casi ningún caso siguió el derrotero de denuncia y judicialización). Son historias que hablan de madres que se vuelven místicas o alcohólicas, hijos/as con adicciones, suicidios, depresiones. Barrios que no reciben con solidaridad los retornos, penurias económicas, sufrimiento infantil, identificaciones inesperadas. Historias de ocultamiento, con pactos de silencio entre víctimas, sin orgullo ni reparación. Son historias de vidas que permanecen deshechas desde sus infancias y a partir de la irrupción del terrorismo de Estado. También son historias que hablan de las posibilidades siempre latentes de reconstrucción que ofrece el tomar la palabra, incluso dentro sus límites.

Revisitar el archivo a la luz de los nuevos abordajes en torno al trabajo con las infancias (Perez & Capdepón 2022), nos permite entender que estas entrevistas ponen frente a nosotros/as un relato en primera persona en donde quien narra cuenta sus padecimientos personales y evidencia en su relato el efecto del terror que el tejido social no logra restañar y tampoco ha querido ver. Creemos en la potencia que tiene mostrar estas voces para pensar el impacto político de estos testimonios que se separan de la narrativa hegemónica construida sobre la función restaurativa del proceso de memoria, verdad y justicia, la mística e idealización de la militancia, y el mantra protector de los organismos de derechos humanos y; como pedazos sueltos que no encajan, hacen estallar el deber ser de un final feliz para nuestra historia reciente.

Testimonios

Memoria Abierta. (2001). *Testimonio de Virginia Croatto*. Buenos Aires.

Memoria Abierta. (2002). *Testimonio de Juliana García*. Buenos Aires.

Memoria Abierta. (2002). *Testimonio de Eduardo Wado de Pedro*. Buenos Aires.

Memoria Abierta. (2002). *Testimonio de Mariana Eva Pérez*. Buenos Aires.

Memoria Abierta. (2004). *Testimonio de Paula Logares*. Buenos Aires.
 Memoria Abierta. (2005). *Testimonio de Lucía García*. Buenos Aires.
 Memoria Abierta. (2005). *Testimonio de Manuel Goncalvez*. Buenos Aires.
 Memoria Abierta. (2006). *Testimonio de Karina Casanova Pettigrew*. Buenos Aires.
 Memoria Abierta. (2007). *Testimonio de Gloria Palma*. Buenos Aires.
 Memoria Abierta. (2012). *Testimonio de Paula Daly*. Buenos Aires.
 Memoria Abierta. (2015). *Testimonio de Walter Alarcón*. Tucumán.
 Memoria Abierta. (2015). *Testimonio de Nancy Virginia Alarcón*. Tucumán.
 Memoria Abierta. (2012). *Sandra Missori*. Buenos Aires.
 Memoria Abierta. (2022). *Testimonio de Tatiana Sfiligoy Godoy*. Buenos Aires.
 Memoria Abierta. (2023). *Testimonio de María Giuffra*. Buenos Aires.

Bibliografía

Ahmed, S. (2015). *La política cultural de las emociones*. México: PUEG.
 Bartalini, C. y Estay Stange, V. (eds.) (2018). *Escritos Desobedientes* Buenos Aires: Marea.
 Basile, T. (2019). *Infancias. La narrativa argentina de HIJOS*. Villa María: Eduvim.
 Blejmar, J. y Fortuny, N. (2013). Introduction al dossier: Revisiting post-memory: The intergenerational transmission of trauma in post-dictatorship Latin American culture. *Journal of Romance Studies*, 3, 1-5.
 Blejmar, J. (2017). *Playful memories. The Autofictional Turn in Post-Dictatorship Argentina*. London: Palgrave Macmillan.
 Confino, H. y Franco, M. (2021). La dimensión económica de la lucha antiterrorista de la última dictadura argentina: el lucro en la ESMA. *Rubrica Contemporánea*, X(19), 185-205. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7992687>
 Daona, Victoria. (2017): “Las voces de los/as hijos/as de desaparecidos/as en Argentina: un género. *El Taco en la brea*, 6, 37-55. Recuperado de <https://bibliotecavirtual.unl.edu.ar/publicaciones/index.php/ElTacoenlaBrea/issue/view/647>
 Forcinito, A. (2018). Testimonio y vulnerabilidad: hacia la construcción de saberes feministas. *Prácticas de oficio*, 21. Recuperado de <http://revistas.ungs.edu.ar/index.php/po/article/view/92/99>
 Jelin, E. y Sempol, D. (2006). *El pasado en el futuro: los movimientos juveniles*. Buenos Aires: Siglo XXI.
 Jelin, E. (2017). *La lucha por el pasado. Cómo construimos la memoria social*. Buenos Aires: Siglo XXI.
 Kaufman, S. (2014). Violencia y testimonio. Notas sobre subjetividad y los relatos posibles. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, 1, 100-113. Recuperado de <https://ojs.ides.org.ar/index.php/Clepsidra/article/view/477/295>
 Peller, Mariela. (2020). “Las hijas de la militancia”. En L. Arnés, L. De Leone y M. José Punte (coords.)/ Laura Arnés, Nora Domínguez y María José Punte (dirs.), *Historia Feminista de la Literatura Argentina. En la intemperie*.

- Poéticas de la fragilidad y la revuelta* (pp. 497-520). Villa María: Eduvim.
- Peller, M. (2021). El género de la desobediencia: resistencias al legado familiar en las hijas de represores en Argentina. *Cuadernos del CILHA*, 34, 1-26. Recuperado de <https://revistas.uncu.edu.ar/ojs3/index.php/cilha/article/view/4782>
- Pérez, M. E. (2013). Their lives after: Teatre as testimony and the so-called 'second generation' in post-dictatorship Argentina. *Journal of Romance Studies*, 3, 6-16.
- Peréz, M. E. y Capdepón, U. (2022). Infancias "afectadas". Los niños sobrevivientes en los procesos de lesa humanidad y los sitios de memoria. En L. Anapio y C. Hammerschmidt (coords), *Políticas, afectos e identidades en América Latina* (pp. 99-130). Buenos Aires - Guadalajara: CLACSO. Recuperado de: <https://www.gw.uni-jena.de/phifakmedia/fakultaet/einrichtungen/institute/institut-fuer-romanistik/arcosur/publikationen/afectos/libro-politica-afectos-identidades-2022.pdf>
- Pollak, M. (2006). *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. La Plata: Al Margen.
- Regueiro, S. y Villalta, C. (2015). Una densa trama jurídico-burocrática. El circuito institucional de la apropiación criminal de niños. En J. P. Bohoslavsky (ed.), *¿Usted también, Doctor? Complicidad de jueces, fiscales y abogados durante la dictadura* (pp. 163-180). Buenos Aires: Siglo XXI.